



CAPÍTULO 3

No pasó mucho tiempo para que Élide y nosotros nos convirtiéramos en enemigos acérrimos. Ella era la nieta preferida y siempre se aseguraba de que no lo olvidáramos. Cuando llegó a la casa de la abuela Evila hacía seis años, cuando tenía siete, mi abuela echó a mi abuelo de la cama para hacerle lugar a Élide en su habitación. Todo lo que ella quería, lo tenía: un vestido nuevo, un nuevo par de zapatos, lujos y horas ilimitadas de televisión. Ante la insistencia de mi abuela, su madre incluso le enviaba regalos. Una vez, recibió un walkman del *otro lado* y se convirtió en la envidia de todo el vecindario. En casa, se pasaba horas recostada sobre la hamaca escuchando en su walkman canciones de Michael Jackson, mientras nosotros tres limpiábamos la casa de punta a punta.

Una vez, mi abuela consideró que Élide debía aprender a escribir a máquina y así convertirse en la mejor secretaria que Iguala jamás hubiera tenido y, al poco

tiempo, una máquina de escribir llegó del *otro lado*. Se pasaba horas escribiendo en la máquina, mientras que nosotros tres no hacíamos otra cosa más que las tareas del hogar y esperar regalos del *otro lado*.

Nunca compartió sus cosas con nosotros y, cuando nos dejaba jugar con sus muñecas, siempre teníamos que hacer de sirvientas, mientras ella hacía de la mujer adinerada. ¡Incluso era más mandona que mi abuela! Por eso, no queríamos jugar con ella. Si ya éramos tratados así de mal en la vida real, imagínense cuando se suponía que debíamos estar jugando.

Pero lo peor de todo eran los apodos que Élide nos había puesto. A mí me llamaba “Chueca”, porque, como soy zurda, decía que era deforme. A Carlos lo llamaba “Calaca”, esqueleto, porque era extremadamente flaco, excepto por su estómago inflamado por los parásitos. Y a Mago la llamaba “Piojosa”, por todas las liendres que tenía en su cabeza. Carlos y yo tolerábamos los apodos tanto como podíamos, pero Mago no. Ella y Élide estaban constantemente peleando como si fueran señoras mayores, hasta que un día, todo empeoró cuando Mago amenazó a Élide con llenarle la cabeza de piojos.



Su cabello era la posesión más preciada de Élide. Era tan largo que caía por su espalda como una brillante cascada negra y, cada

dos o tres días, la abuela Evila se lo lavaba con jugo de limón, para mantenerlo brillante y saludable. Por las tardes, llenaba un balde con agua, tomaba algunos limones del limonero y exprimía el jugo en el agua.

Mago, Carlos y yo nos escondíamos detrás de un arbusto y la observábamos por detrás de las hojas. La abuela Evila le lavaba el cabello como si fuera una seda delicada y muy valiosa. Luego, Élida se quedaba sentada bajo el sol, para dejar que su cabello se secase, y más tarde, mi abuela se lo peinaba con movimientos rápidos, desde las puntas hasta la raíz. Se pasaba media hora peinando el largo, largo cabello de Élida mientras nosotros la observábamos a escondidas.

Nuestro cabello estaba lleno de piojos, nuestros estómagos hinchados por los parásitos, pero a mi abuela no le importaba. Decía: “Quizás ustedes no son mis nietos”.

Algunas veces, deseaba que eso fuera cierto. Yo tampoco quería que ella fuera mi abuela.

—Su madre no vendrá por ustedes —nos dijo Élida una tarde mientras se encontraba recostada bajo el sol para secar su cabello—. Ahora que consiguió trabajo y está juntando dólares, no querrá regresar, créanme.

Tres semanas atrás, mamá nos había llamado por teléfono para contarnos que había conseguido trabajo en una fábrica de ropa. Dijo que finalmente podía ayudar a papá a conseguir el dinero para la casa y prometió enviarnos dinero para comprar zapatos y ropa. No podíamos decirle que no se molestara, que el dinero que mandaba

desaparecería cuando la abuela iba al banco a buscarlo. Mi abuela se sentaba al lado nuestro mientras hablábamos por teléfono, y si llegábamos a decir algo malo sobre ella, nos golpearía.

–Volverá. Estoy segura de eso –le dijo Mago a Élide. Durante los dos meses y medio que habíamos estado allí, mis padres nos habían llamado todos los fines de semana. Mago siempre le recordaba a mamá sobre su promesa de regresar en un año.

–No te mientas a ti misma –le dijo Élide–. Se olvidarán de ti por completo, ya lo verás. Siempre serán los pequeños huérfanos.

–Habla por tu cuenta. Tu madre no volverá –le contestó Mago, furiosa–. ¿Acaso no tiene otro niño en *el otro lado*?

Al recordarle sobre su hermano estadounidense, Élide miró hacia otro lado. La abuela Evila salió de la casa con un gran peine de plástico. Se sentó detrás de Élide y comenzó a peinar su largo cabello con aroma a limón. Élide se quedó en silencio, sin responderle nada a la abuela cuando le preguntaba qué le pasaba.



Una hora más tarde, Élide regresó al patio. Se recostó sobre la hamaca y se quedó mirándonos mientras realizábamos todas las tareas del hogar. Mago limpiaba y yo regaba las macetas de vinca y geranio de la abuela Evila. Por su parte, Carlos se encontraba en el patio trasero ayudando a mi abuelo a cortar el césped.

Élida se hamacaba mientras comía un mango que había comprado en la tienda de don Bartolo. Era un delicioso mango cortado en forma de flor, con una textura amarilla que brillaba debajo de un polvo rojo intenso. Se le hizo agua en la boca al verla darle un mordisco.

–Mi mamá me ama –dijo.

–Oh, ya cállate –le dijo Mago. Giró hacia Élida con la escoba y comenzó a barrer hacia ella.

–¡Estúpida huérfana! –gritó Élida, escapándose a toda prisa de la nube de polvo que Mago le había arrojado–. ¡Piojosa!

–¿Y qué si tengo piojos? –le replicó Mago–. Si no te cuidas, te los pasaré todos a ti y veremos qué ocurre con ese hermoso cabello que tienes.

Mago me acercó hacia ella y comenzó a revisarme el cabello.

–Mira, mira, ¡un piojo! –exclamó, sosteniéndolo a la vista de Élida.

–¡Abuelita, abuelita! –comenzó a gritar Élida con los ojos bien abiertos llenos de miedo. Entró a la casa sosteniéndose su largo cabello con las manos. Mago y yo nos miramos.

–Mira lo que has hecho. Ahora realmente nos darán nuestro merecido –le dije.

Creí que mi abuela nos golpearía con su cuchara de madera, o con una rama o una sandalia, las cosas de siempre. En verdad hubiera preferido una golpiza como las que ya habíamos tenido.



A la noche, cuando mi tía regresó del trabajo, la abuela Evila le dijo que se encargara de nuestros piojos. Así fue como mi tía le dio dinero a Mago para que fuera a comprar kerosene, un aceite realmente appestoso que se usa para encender los faroles (y también para matar los piojos). Los últimos rayos de luz desaparecían y la oscuridad caía sobre nosotros. Mi abuela quiso encender la luz del patio, pero no funcionaba. Esa noche, no había luz. Trajo algunas velas y las colocó sobre el tanque de agua.

Cuando Mago regresó con el kerosene, mi tía hizo que nos sentáramos uno por uno.

—¿Qué pasa si no sirve? —preguntó Élica.

—Si el kerosene no hace nada, ¡les cortaré todo el cabello! —dijo la abuela Evila.

Al oír las palabras de mi abuela, me quedé helada. La tía Emperatriz me peinó con un peine especial para sacar piojos y luego, me hizo inclinar la cabeza hacia atrás y vertió un poco de kerosene sobre mi cabello. El olor hizo que me comenzara a marear. Se aseguró de que cada pelo estuviera bien humedecido y, una vez que terminó, lo envolvió en una toalla con una bolsa de plástico encima, para dejarla en su lugar. Me quedé sentada, tan quieta que apenas podía oír el zumbido de los mosquitos a mi alrededor. Me picaban en las piernas y brazos, pero el solo hecho de pensar que podría tener mi cabeza rapada impedía que me moviera.

—Ahora, a la cama —nos dijo mi tía cuando terminó—, pero manténganse lejos de las velas.



Mi abuela nos había dado una cama de dos plazas para que entre los tres compartiéramos. Se encontraba en un rincón del dormitorio de mi abuelo. Yo dormía en el medio, entre Mago y Carlos, para no caerme al suelo. Por la noche, nos acurrucábamos bien cerca el uno del otro, incluso a pesar de que Carlos había comenzado a mojarse en la cama al poco tiempo de que mamá se había marchado.

Pero esa noche, no estaba preocupada porque me hicieran pis encima. Fue una larga noche de desvelo y ¡no podíamos dormir! Lo único que quería hacer era rascarme, rascarme, rascarme, pero no podía. El abrumador olor del kerosene hacía que me sintiera mareada, por lo que intenté aguantar la respiración tanto como podía, y cuando mis pulmones ya no aguantaban más, tomaba otra bocanada de aire y sentía mi cabeza moverse para todos lados. Coloqué las manos sobre la toalla y tiré con fuerza de ella, sin poder soportar el dolor por más tiempo.

—Déjala ahí —me retó Mago.

—Duele demasiado —le contesté—. Necesito rascarme. Realmente lo necesito.

—¡Mi cabeza se siente como si estuviera bajo fuego! —agregó Carlos—. No lo soporto más.

—¡No loagas! —gritó Mago—. Nos cortarán el pelo si lo arruinan ahora.

—¡No me importa! —le contestó Carlos, quitándose la toalla con un solo movimiento rápido.

Media hora después, hice lo mismo.



La abuela Evila cumplió con su palabra. La tarde siguiente, cuando mi abuelo regresó del trabajo, le hizo sacar la máquina de cortar el pelo y unas tijeras. El cabello de Carlos desapareció por completo. Pasamos nuestras manos sobre su cabeza rapada y podíamos sentir los cortos pelitos rasposos sobre nuestras palmas. Cuando Élide lo vio, estalló de la risa.

—Ahora sí que luces como un esqueleto —y, en seguida, comenzó a cantar una canción—: “La calaca, tilica y flaca. La calaca, tilica y flaca”.

Me reí porque era una canción graciosa y, además, podía imaginarme al esqueleto delgado y sin vida bailando con ese ritmo.

—Regina, tu turno —dijo la abuela Evila.

—¡Por favor, abuelita, no! —grité mientras ella me arrastraba hacia la silla. Mi abuelo me daba golpecitos con la mano en la cabeza y me ordenaba que me quedara quieta.

—Dependerá de ti si te quieres mover —me dijo al notar que no me detenía—. No me culpes por cómo resulta el corte.

Me movía de un lado a otro, llorando y pidiendo a gritos que mi mamá regresara. Me odiaba por haber sido tan débil esa noche cuando

me había sacado la toalla. Las lágrimas corrían por mi rostro mientras lloraba por mi cabello, porque lo amaba. Era lo único hermoso que tenía, rulos tan bien formados que las mujeres en la calle se detenían y lo tocaban, mientras le decían a mi mamá: “Qué hermoso cabello tiene su hija. Parece una muñeca”, y mamá sonreía con orgullo.

—¡No te muevas, nena, no lo dejas trabajar bien! —me gritó Mago. Pero no la escuché, el sonido cortante de las tijeras a un lado de mi oreja no me dejaba hacerlo. Me movía aún más al ver mis rulos caer al suelo y sobre mis piernas, como si fueran los pétalos de una flor. Al rato, las gallinas de mi abuela aparecieron cacareando para ver qué estaba ocurriendo. Se acercaron hasta mis rulos y los comenzaron a sacudir de un lado a otro. Se paraban sobre ellos y los arrastraban con sus patas sobre el suelo de tierra.

Al final, cuando el abuelo Augurio terminó, corrí hacia el espejo. Mi cabello era corto como el de un varón y estaba tan descuidado que parecía que una vaca lo había arrancado de a mechones. Me escondí debajo de las sábanas y no me asomé para otra cosa más que para mirar la fotografía de papá sobre la pared. De vez en cuando, me miraba en el espejo para darme cuenta de que sus ojos rasgados eran iguales a los míos. Ambos teníamos una frente pequeña, mejillas grandes y una nariz bastante ancha. Y ahora, el cabello corto y negro.

—¿Cuándo volverás? —le pregunté al Hombre Detrás del Vidrio—. ¿Me amas?

Desearía tener una fotografía de mamá. Quería decirle que extrañaba estar con ella. Extrañaba ir al canal y sentarme sobre las rocas

mientras ella fregaba nuestra ropa y me contaba historias. Si el agua estuviera calma, me dejaría meterme y perseguir la espuma de jabón cada vez que sumergía la ropa en el agua para enjuagarla.

Extrañaba ir a visitar a la abuelita Chinta y tomar una siesta en su cama mientras ellas dos hablaban. Extrañaba dormirme escuchando la voz de mamá y el arrullo de las palomas de mi abuela. Y también extrañaba acurrucarme con ella en la cama que solía compartir con papá. Mago y yo siempre tratábamos de mantener a mami cálida, para que no lo extrañara tanto.

Mago entró y me dijo que era hora de cenar. La miré y el odio me invadió, ya que a ella no le habían cortado el cabello. Aguantó la estúpida picazón toda la noche y, cuando se levantó por la mañana, los piojos estaban todos muertos. Aunque se lavó el cabello veinte veces con el champú de la tía Emperatriz, que olía a rosas, aúnapestaba a kerosene. Pero al menos no lucía como un varón.

—Déjame sola —le dije.

—Vamos, nena, ven a comer.

A mi panza no le importaba que mi cabello estuviera todo destrozado. Gruñía del hambre, y no tuve otra opción más que ir hacia la cocina en donde todos podían verme. La tía Emperatriz, quien había estado trabajando cuando me cortaron el cabello, suspiró sorprendida al verme.

—Ay, ma, ¿qué le hiciste a esta pobre niña? —preguntó.

—¿Qué niña? ¿No es Carlos? —dijo Élidea. Cuando la miré, comenzó a reírse y agregó—: Ups, pensé que eras tu hermano.



Esa noche, soñé con mamá. En el sueño, ella se encontraba lavando mi largo cabello negro con jugo de limón y lo acariciaba con tanta suavidad que me hacía suspirar de placer. Me desperté con un dolor en el corazón y con muchas ganas de llorar. Luego me di cuenta de que Carlos había mojado la cama y de que yo estaba empapada.